



*La Novela Gráfica* N<sup>o</sup>54 25ct.<sub>r</sub>

EL MISTERIO DE LOS DIAMANTES  
*por*

SHIRLEY MASON y WILLIE COLIER



CEIFT, Denison

# El misterio de los diamantes

(THE GREAT DIAMOND MYSTERY, 1928)

Versión literaria de la película del mismo título magistralmente interpretada por la hermosa artista

**SHIRLEY MASON**



Exclusiva:

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280 :: Barcelona

## INTERPRETES

Ruth Winton . . . .	Shirley Mason
Phyllis Ray . . . .	Jacqueline Saunders
Diana. . . . .	Mary Mayo
Perry Standish . . . .	William Collier
Pedro Standish . . . .	Hardee Kirkland
Henry Murdock. . . .	Harry Von Meter
Robert Mallison. . . .	Philo Mc Culloch
Juan Graves . . . . .	John Cosser

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ANGELES

NÚM. 55

# LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla del Centro, 30, 1.º

Teléf. 4656 A.—BARCELONA



Talleres Gráficos propios

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

Sale los Jueves

## El misterio de los diamantes

### I

AQUELLA mañana eran diez o doce los que hacían antesala en el gabinete de espera de la poderosa compañía editorial Apex, de San Francisco. Escritores, dibujantes, fabricantes de papel, representantes de maquinaria... Henry Murdock, director de la casa, había despachado ya tres o cuatro visitas, cuando apareció el ordenanza y le pasó una tarjeta.

—No puedo recibir a este señor ni a nadie más de los que esperan—dijo con voz seca

Murdock—. Digo, no. Hablaré con el señor Partridge. A los demás que esperan, hágame el favor de decirles que vuelvan mañana. Yo no puedo perder mi tiempo escuchando a la gente. Me ataca una jaqueca horrible y luego no puedo leer ni una cuartilla.

El ordenanza transmitió el encargo a los que esperaban. El señor Partridge se puso en pie para franquear la puerta del despacho del director. Tras de él, una muchacha jovencita, que llevaba un grueso paquete de cuartillas escritas bajo el brazo, siguió como si le acompañara.

Era una chiquilla menuda y graciosa, en cuyos ojos azules brillaba una llama de picardía. Pegándose casi a Partridge, cuya corpulenta estatura le hacía asemejar a un gigante de la leyenda, penetró, sin que Murdock se diera cuenta, en su despacho.

—¿Qué hay, señor Partridge? —interrogó Murdock.

—Nada. Un pedido en firme, pero condicional.

—No le entiendo...

Partridge sonrió, con una sonrisita de zorro viejo que le era peculiar.

—Digo en firme, porque es al contado y sin derecho a devolución; pero condicional, por la sencilla razón de que depende del precio...

—¡Ah, vamos! Aquellas proposiciones leoninas que usted acostumbra hacer... En fin, dé-

jeme los datos, y estudiaré si es posible, que no será, me lo estoy figurando...

Partridge, conocido exportador de libros, que hacía negocios por centenares de miles de dóla-



*Perry Standish fué a visitar a Ruth para comunicarle la grata nueva.*

res, saludó y se dispuso a retirarse. Al hacerlo, tras de él la silueta grácil de la muchacha apareció, con la sorpresa consiguiente del director.

—Señorita...—murmuró.

—Caballero—replicó la joven sin inmutarse —perdone esta pequeña estratagema de que me

he valido para forzar la puerta de su despacho... Pero es que hace quince días que solicito una entrevista con usted, sin que me sea concedida... Unos días, ha salido usted; otros, tiene mucho trabajo; otros, no recibe... Y, la verdad, cuando hay que vivir de la pluma, no es posible conformarse con estas dilaciones...

Murdock, sin perder su aspecto de rígida seriedad, escuchaba.

—¿Usted es escritora?

—Para servir a usted, señor Murdock. Soy Ruth Winton, y mi firma no debe serle desconocida...

—En efecto, señorita... He leído algún artículo suyo, varios cuentos literarios, unas traducciones muy pulcras del alemán... ¿Y deseaba usted someterme algún trabajo suyo?

—Sí, señor. Se trata de una novela... Aquí está.

Y, diciendo estas palabras, entregó a Murdock un fajo de cuartillas, a máquina, impecables, sin una enmienda, ni un interlineado, ni una corrección... Esas cuartillas femeninas en las que se nota un cuidado de que son incapaces los hombres...

El director de la Apex tomó el original y leyó, en la primera cuartilla:

"El misterio de los diamantes. Novela original de Ruth Winton."

—¿Es una historia de amor?—preguntó con cierta mordacidad.

—Tu matrimonio ha sido la más dulce emoción de mi vida, querido Perry. Bien te mereces esto.

Una rápida ojeada sobre el papel permitió darse cuenta a Perry que su tío seguía mostrándose rumboso. En efecto, el valor del talón era de cincuenta mil dólares, suma respetable para él y que le ponía a cubierto de todas preocupaciones de la nueva vida que se proponía emprender.

—¡Buen regalo de bodas, tío! — exclamó Perry alegremente —. ¡Ni sé cómo darle las gracias!

—Queriéndome como hasta ahora, sin que otros amores te hagan olvidar el que profesas a este pobre viejo, que pronto dejará el mundo de los vivos, tranquilo al menos porque verá que su querido sobrino ha sentado por fin la cabeza y tiene una mujercita que le cuida y le mimaa...

—Dentro de poco — le dijo — volveré con una sorpresa agradabilísima para usted, ¿sabe tío? ¡Es cuestión de un cuarto de hora!

Y se despidió dando muestras de la mayor alegría.

III

CUANDO Perry estuvo fuera, su tío, impaciente, descolgó el receptor del teléfono que tenía colocado encima de la mesa de su despacho y pidió una comunicación urgente.

Momentos más tarde una voz lejana respondía a su llamada.

—¿Es usted, señor Standish?

—Yo mismo... ¿Cómo estáis?... Bien, gracias... Oye, Diana... Perry... ¿sabes? me ha dado por fin la buena noticia...

—¿Ah, sí? ¡Qué extraño! ¡A mí no me ha dicho nada!

—¿No?

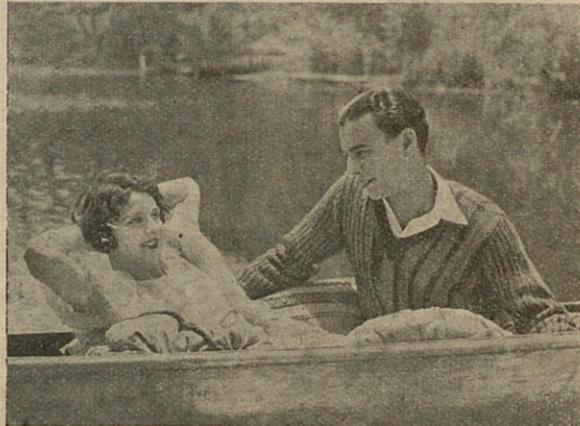
—No...

A aquellas palabras siguió un silencio.

—¿Por qué no coges tu coche y vienes aquí? — dijo al cabo de unos momentos Pedro Standish —. Perry me ha dicho que volvía en seguida...

—Sí... sí... Allá voy.

Satisfecho, Standish, colgó el receptor. Bien lejos estaba de sospechar la tragedia íntima que



*Los días transcurrieron felices para los dos amantes.*

se avecinaba. Porque Perry no pensaba, ni muchísimo menos, casarse con Diana. Su prometida era la dulce y romántica Ruth Winton, la joven y notable escritora.

Ruth vivía en una casita de los arrabales, con honores de estudio bohemio, en donde se reunían pintores, dibujantes, comediógrafos, y también alguna que otra muchacha de conducta alegre. Entre éstas últimas figuraba Phillys

Ray, chiquilla pizpireta e inquieta, que era la íntima amiga de Ruth.

Cuando Perry, que, como han adivinado nuestros lectores, se había dirigido en busca de su prometida al salir de casa de su tío, llegó al domicilio de Ruth la encontró rodeada de gente. Estaban allí varias amigas de Phillys, y dos o tres muchachos jóvenes. Entre ellos destacaba el buen porte y la elegancia de Roberto Mallisson, comerciante en pedrería, que no había disimulado nunca su simpatía, tal vez excesiva, por la escritora.

—¡Vengo a darte la buena nueva, Ruth! — exclamó Perry abrazando a la joven —. He hablado hace poco con mi tío y se ha mostrado satisfechísimo de mis nuevos proyectos.

La joven acogió la buena nueva con la alegría que es de suponer.

—¿Pero es de veras que vamos a casarnos en seguida? — exclamó llena de júbilo.

—En cuanto tu quieras.

—Pero esto es imposible... Tú careces de fortuna... No tienes ningún empleo...

Perry juzgó prudente callar lo del regalo de bodas de su espléndido tío.

—Emprenderé cualquier negocio. A tu lado, me sobran fuerzas para luchar por la vida...

—¿Y crees que yo gozo de las simpatías de tu tío?

—¡Oh! ¡De esto no tengo duda alguna! Mira ahora mismo vamos a ir a verle.

Mallisson, que escuchaba la conversación, se acercó a Perry.

—Si tú quieres colocarte en mi casa — le



*Era el día en que debía efectuarse el casamiento de Ruth y Perry Standish.*

dijo — ya sabes que con mucho gusto aceptaremos tu valiosa colaboración. Juan Graves, mi socio capitalista, me dispensa una confianza ilimitada y bastará que yo se lo diga...

Perry Standish estrechó, agradecido, la mano de Roberto.

—Si llega el caso, excuso decirte que aceptaré gustosísimo. Desde ahora te doy las gracias por esta muestra de interés en mi favor... Ya veremos, ya veremos...

\* \* \*

Un taxi condujo a los dos amantes a casa de Pedro Standish. Su criado les introdujo en el gabinete de trabajo del viejo millonario.

Al entrar, Perry hubo de retener en su garganta un grito de sorpresa. ¡Con su tío estaba Diana, que al darse cuenta de la presencia del muchacho acompañado de otra mujer había palidecido intensamente!...

—Tío — murmuró Standish, con la voz embargada por la emoción — tengo el gusto de presentarte a Ruth Winton, mi prometida...

Un rayo que hubiese estallado a los pies del anciano, no le hubiese producido un efecto tan fulminante.

—¡Cómo! — gritó con toda la fuerza que le permitieron sus cansados pulmones —. ¿Es decir que osas casarte contrariando mis deseos? ¡Este cheque era para ti para que te casaras con Diana, pero no con una mujer a quien no conozco ni sé qué antecedentes tiene! ¡Qué te has creído! ¡Mira!

Y, cogiendo el documento, lo rompió con furia en mil pedazos.

Perry y Ruth contemplaban aterrorizados la escena.

—¡Y no vuelvas a poner los pies en casa mientras persistas en ese propósito descabellado!

—Bien — contestó, muy digno, Perry Standish —. Renunciaré a tu cariño, porque el de Ruth es infinitamente mayor. ¡Adiós!

Y pocos días después, Perry, colocado en la casa Graves y Mallisson se disponía a celebrar su matrimonial enlace con Ruth Winton afrontando todos los peligros de la lucha por la vida.

En el semblante de la muchacha se dibujó un gesto de decepción.

—...Pero — siguió diciendo Murdock — gra-

IV

ALGO impaciente, en espera del resultado de su gestión de hacía días, Ruth Winton aguardaba en la antesala de la Compañía Editorial Apex, que Murdock la recibiera.

—Pase usted, señorita — dijo el ordenanza —. El señor Murdock la recibirá en seguida.

El Director de la Apex abrió una carpeta, consultó unos antecedentes y luego sonrió. En una cuartilla, junto al original de Ruth se leía:

“El misterio de los diamantes” está escrita con brillante estilo y tiene, además, una gran originalidad. La comisión examinadora cree oportuno recomendar su publicación”.

—Buenos días, señorita Winton—dijo Murdock al ver entrar a Ruth —. La comisión examinadora ha leído la novela de usted...

—¡Ah!...

—...Y ha decidido rechazarla por unanimidad de votos...



—Tengo una idea, Ruth — murmuró Phillys...

cias a mi influencia, se publicará próximamente...

—Entonces...

—Tenga la bondad de volver dentro de unos días y trataremos condiciones...

—Perfectamente. Buenos días, señor Murdock, y muy agradecida.

Ruth salió de allí llena de alegría. ¡Lo contento que se pondría Standish al saber la no-

ticia! La felicidad de su matrimonio iba a verse colmada con las mieles de la gloria de su mujercita!...

En la casa de Graves y Mallisson, entretanto, habían estallado una serie de conflictos.

Una señora, antigua cliente de la casa, había presentado una importante reclamación. Había entregado para montar unos brillantes de gran valor y al tener el aderezo en su poder se había dado cuenta de que una de las piedras de mayor precio estaba sustituida por otra, falsa.

Todas las sospechas recayeron sobre Perry que, a pesar de sus protestas de inocencia y las aseveraciones de Mallisson, fué despedido de la casa.

El caso era serio. Faltaban ocho días para su matrimonio con Ruth y bruscamente, Standish se encontraba sin colocación.

—Iré a casa de Graves — se dijo — y procuraré sincerarme. Tal vez a solas comprenda mi inocencia y vuelva sobre lo hecho...

## V

FUE vana la gestión de Perry. Graves se mantuvo en sus trece y llegó a amenazar a Standish, si insistía, con denunciarle a la policía.

Aquella misma noche, minutos después de la entrevista de Graves y Standish, Mallisson se presentó en casa de aquél.

—Graves — le dijo — no me gusta nada la marcha de nuestros asuntos. Dame mi parte y me marcho.

—¿Tienes miedo?

—Miedo, no. Pero me molesta mucho esta situación y quiero irme a Europa.

—Te advierto — dijo fríamente Graves — que si tratas de deshacerte de los diamantes, a donde irás será a la cárcel, y no a Europa.

—¡Lo veremos!

—¿Que no? ¡Sal de aquí, o aviso a la policía!

Pero al decir aquellas palabras ocurrió una cosa extraña. Se apagaron las luces del despa-

cho, sonó una detonación y después quedó todo en silencio...

Al día siguiente apareció en los periódicos la noticia de que Juan Graves había sido hallado asesinado en su casa. Era el día en que Perry Standish debía contraer matrimonio con Ruth. Todas las sospechas recaían sobre él. Cuando sólo faltaban algunas horas para celebrarse la ceremonia, la policía irrumpió en su casa, deteniéndole. Nadie, salvo Ruth y Phillys creyeron, a pesar de sus aseveraciones, que Perry fuese inocente. El sumario se tramitaba con rapidez espantosa.

## VI

LA vista tuvo lugar y Perry fué condenado a muerte. Todas las pruebas estaban contra él. Davis, el criado del muerto, declaró que la noche del crimen había oído una violenta disputa entre su principal y el acusado...

Sin esperanza ni sostén, abrumada por el dolor, Ruth luchaba como un león para defender a su amado; pero sus esfuerzos eran vanos.

—Escucha—le dijo un día Phillys—. Tengo una idea. En tu novela, que por una verdadera e inexplicable coincidencia versa sobre el mismo asunto, hay un capítulo en que el criminal, insensiblemente atraído al lugar del delito, acaba por confesar su culpa. ¿Por qué no alquilas la casa de Graves-, que está deshabitada? Tal vez allí hallarías algún indicio...

—No tengo dinero, Phillys. He intentado en vano acudir al tío de Perry, pero se niega en redondo a dármele... Me acusa de ser yo la cul-

pable de todo, y dice que mi proyecto es descabellado...

—Pero Standish, rico como es, no puede negarse a hacer todo lo preciso para salvar a su sobrino.

—Dice que él ya trabaja para hacer triunfar la verdad, y lo creo, porque es buen hombre, en medio de todo...

—Pide a tus editores un adelanto sobre tu libro... Ha salido ya a la publicidad y deben haberse vendido bastantes...

—Tienes razón, Phillys. Acudiré a Murdock. Pero éste, frío e incommovible, recibió a Ruth con su eterna sonrisa de escéptico empedernido.

—Su libro ha sido un desastre, señorita Winton—le dijo—. Apenas se ha vendido ninguno... No obstante, quiero que vea mi deseo de servirla. Tome.

Arrancó un cheque de su talonario y lo firmó, dejando la cantidad en blanco.

—Tome usted—le dijo.

Ruth contempló la hoja de papel con la sorpresa consiguiente.

—No ha puesto usted la cantidad...—se atrevió a decir.

—Póngala usted misma...

—Necesito tres mil dólares...

—Bien.

—Muchas gracias...

—Gracias, de nada. Pero ahora—dijo Murdock, pronunciando cada palabra una a una,

como midiendo el efecto que iban a producir—tenga en cuenta una cosa. No hemos hecho condiciones para este libro. Tampoco las hago para



—No ha puesto usted la cantidad...—murmuró Ruth.

este adelanto, cuyo destino conozco. Si salva usted a su prometido, daré la suma por perdida, pues el negocio de su libro, como le he dicho, es ruinoso... Pero si usted fracasa...

—¿Qué pretende usted insinuar?

—Nada, puesto que usted me ha comprendido ya, señorita Winton.

—Perdóneme, señor Murdock, pero se ha equivocado usted. ¡Yo soy una muchacha honrada!

Y Ruth abandonó el despacho de Murdock, mientras éste murmuraba, sonriendo:

—Ya volverás... Ya volverás...

VII

**N**O se equivocaba. Acallando la voz de su orgullo y de su dignidad, Ruth Winton, perdida toda esperanza de salvar por otro medio a Perry, volvió a ver a Murdock.

—Sabía que volvería usted, señorita Winton—dijo el director de la Apex—. Mire si sabía, que dejé guardado el cheque en la caja... Ruth alargó la mano.

—Pero no olvide usted que si fracasa...

—¡No fracasaré, Murdock! ¡Ya lo verá! Al día siguiente, la muchacha alquilaba la morada trágica y se instalaba en ella junto con Phyllis Ray.

—No nos queda más que aguardar y no perder las esperanzas—dijo ésta—. ¡Quién sabe si la verdad está a punto de revelarse y si tu felicidad se acerca!

Por la tarde, un hombre entrado en años se presentó en la casa.

—Señorita—dijo dirigiéndose a Ruth con vi-

sible emoción—. No sé si usted me recordará...  
—No sé, la verdad...  
—Soy Davis, el criado del difunto señor Graves...



—Se ha equivocado usted, señor Murdock — dijo Ruth, devolviéndole el cheque.

—¡Ah!  
—No he de ocultarle—siguió diciendo el visitante—que yo declaré en contra de su prometido, porque así me lo dictaba la conciencia... Pero yo no sé qué me ha ocurrido desde que expiró el señor Graves... Lo cierto es que no en-

cuentro colocación en ninguna parte y que estoy sin recursos... Si la señorita, olvidando el mal que le hice sin saberlo, fuera tan buena y tan caritativa que me quisiera tomar a su servicio, aunque sólo fuera a cambio de la manutención...

—¡Acepta!—dijo en voz baja Phyllis a Ruth  
—Tal vez él pueda darnos la clave del enigma y con ella logremos la salvación de Perry.

—Bueno, quédese usted, señor Davis—dijo Ruth—. Precisamente estamos sin servicio...

Pocos minutos después, llamaron por teléfono. Era Mallisson.

—He sabido que ha alquilado usted la casa de Graves—le dijo—y tendría mucha satisfacción en hacerle una visita... Comprendo los momentos angustiosos que usted atraviesa, y si en algo la puedo servir...

Ruth agradeció sus frases a Mallisson, y le dijo que con mucho gusto recibiría su visita...

Era el último día de esperanza... La ejecución de Perry estaba señalada para la mañana siguiente...

VIII

**M**ALLISSON se mostró muy afectuoso. Pero Phillys velaba. Bien pronto comenzó a concebir dudas sobre su conducta.

—Querida Ruth—le dijo—he notado una cosa muy extraña. Mallisson está mirando con gran interés, los ángulos de la chimenea del salón. Quizá allí hay un secreto...

—Pues dejémosle solo y vigilémosle...

Durante la tarde, Mallisson no se movió de la casa. Ruth y Phillys le abandonaban con frecuencia, para darle lugar a que siguiera examinando el supuesto escondrijo.

Eran las siete cuando una nueva visita hizo irrupción en la casa.

—¡Murdock!—dijo Ruth al reconocerle.

—En efecto, soy yo, señorita... Creo que estará usted convencida de que ha perdido la partida.

—Todavía no, Murdock; todavía no...

—No se haga usted ilusiones... Deje de pen-

sar en ese pobre Perry que será ejecutado mañana y sea usted un poco bondadosa conmigo...

E intentó abrazarla. Pero Ruth se deshizo rápidamente de él.



*Murdock intentó abrazar a Ruth.*

—¡Calle y déjeme!—le dijo—. Ahora precisamente estamos esperando algo que puede ser muy interesante...

Y se ocultó tras una puerta, desde la que podía esperar al socio de Graves... Este, que había

dado por fin con el escondrijo del salón, hacía girar un adorno de madera, que ocultaba un resorte, y aparecía una oquedad de la que extrajo unos paquetitos, muy pequeños, metiéndoselos en el bolsillo...

—¡Qué hace usted allí!—gritó una voz.

Era Davis, que, por su cuenta, vigilaba también a Mallisson.

De un certero puñetazo, el ladrón rodó al suelo sin sentido. Pero entonces, Ruth y Phillys, que no se habían movido de su escondite, vieron con la sorpresa consiguiente, que Davis quitaba los paquetitos del bolsillo de Mallisson y se los guardaba...

Pero entonces ocurrió una cosa inesperada. Mallisson, impensadamente, se puso en pie... La lucha se entabló entre los dos hombres... De pronto, sonó una detonación, y Davis, herido mortalmente, cayó al suelo...

Al ruido de aquel disparo acudió la policía, y entonces el moribundo reveló toda la verdad.

—No fué Perry quien mató al señor Graves —dijo—. Fuí yo... Sabía que cambiaba los diamantes buenos de las joyas por otros falsos y ocultaba aquéllos en este escondrijo... La noche del crimen, cuando Mallisson estuvo fuera, yo, que había averiguado el sitio en que las piedras estaban escondidas, disparé un tiro sobre Graves, pero la policía llegó antes de que me pudiera apoderar del tesoro... Y por eso volví aquí, para poderlos coger el día que estuviera solo...

Los circustantes, llenos de sorpresa, escuchaban las sensacionales revelaciones del moribundo...

—¡Pronto!—gritó súbitamente un policía—. ¡Hay que telefonear al juzgado! ¡Por culpa de este bandido, hay un inocente en capilla!

La comunicación llegó, afortunadamente, a tiempo.

Perry se salvó de la muerte, y pocos días después se efectuaba su unión con Ruth Winton. Pedro Standish, sabedor de todo lo ocurrido, se reconcilió con los nuevos esposos, y por fin pudo lucir para ellos la alborada de la felicidad.

FIN

